

Algo más que Cataluña desengañada. Reflexiones sobre dos documentos relacionados con Alejandro Ros

Fernando Negredo del Cerro*
Universidad Carlos III (Madrid)

Introducción

Hace ya casi veinte años, Ricardo García Cárcel, juzgando la tesis doctoral del autor de estas líneas, comentó la pertinencia de que el último capítulo de la misma, titulado “El discurso no predicable: la panfletística política con ocasión de la guerra de Cataluña” fuese trabajado más a fondo y pudiera salir a la luz, bien como una breve monografía si se ampliaban sus más de cincuenta páginas, bien como un artículo en una revista científica si se recortaba su extensión y se sintetizaban las ideas más importantes en torno a las fuentes más desconocidas. Posteriores avatares personales y profesionales han impedido cumplir con aquellas acertadas indicaciones y dicho capítulo quedó fuera de la publicación del resto de la tesis; y sobre él nunca más volví, hasta el día de hoy¹.

Como es fácil entender, los años que separan la elaboración de aquel texto a la actualidad han presenciado una verdadera eclosión de estudios, en diferentes formatos, donde se ha abordado de forma más o menos profunda muchas de las ideas que allí tratábamos y la historiografía ha establecido sólidos paradigmas de interpretación,

* ORCID: 0000-0001-6639-9649. Este trabajo se inscribe en el proyecto *Del manuscrito a las pantallas: Memoria, artefactos y prácticas culturales (del siglo XV a nuestros días)* financiado por el MElyC. Ref. HAR2016-76550P.

¹ La tesis doctoral, *Política e Iglesia. Los predicadores de Felipe IV*, fue defendida en la UCM en junio del 2001. Puede ser consultada en línea: <https://eprints.ucm.es/4324/>. La versión abreviada de la misma que se publicó bajo el título *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intriga y religión en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Actas, 2006, no incluye el citado capítulo en el que tratábamos de la participación de los predicadores reales de Felipe IV, protagonistas de dicha tesis, en la lucha de escritos al albur de la revuelta y posterior guerra de Cataluña.

sujetos a discusión, por supuesto, que superan con creces nuestra modesta aportación de principios de siglo.

Con todo, algunas de las fuentes que por aquel entonces mencionábamos no han sido apenas utilizadas o, incluso, siguen siendo ignoradas y de ahí que aprovechemos este homenaje para rescatar dos de ellas cumpliendo, aunque sólo sea en una pequeña parte, los deseos del profesor García Cárcel. En este sentido nos centraremos nada más que en un personaje cada vez mejor conocido, Alejandro/Alexandre Ros, del que presentaremos, con el objetivo de rellenar su biografía, el expediente de limpieza de sangre que se le incoó para obtener el cargo de predicador real en 1651 así como un texto de naturaleza política en el que se expalaba sobre las medidas que, a su juicio se debían tomar con Cataluña, una vez lograda la rendición de Barcelona en 1652 y que, creemos, es desconocido².

Perfiles y testigos de un predicador real

A principios de 1651, el deán de Tortosa, don Alejandro Ros, conocida pluma al servicio de la causa felipista en la crisis catalana³, recibía orden de marchar a residir a su iglesia⁴. Como la disposición no era en exceso de su agrado, se intentó edulcorarla con una merced regia concediéndole el título de predicador real (sin gajes)⁵. Esto implicaba iniciar una investigación sobre el linaje, vida y costumbres del pretendiente, requisito administrativo básico para ser admitido en el selecto club de los predicadores regios⁶.

² El estudio más reciente y completo sobre Alejandro Ros es Antoni Simón i Tarrés, *Llengua i política a la Catalunya del segle XVII. Alexandre Ros i Gomar (1604-1656)*, Editorial Afers, Barcelona, 2016, en especial pp. 87-154. Salvo error mío, no he visto citados en esta obra ninguno de los dos documentos a que me refiero, de ahí que el presente texto pueda entenderse como una pequeña aportación complementaria a aquel trabajo. Un resumen de su vida —con una ligera imprecisión en su fecha de nacimiento— en *Diccionario Biográfico Español-RAH*, Madrid, 2006, vol. XLIV, pp. 435-436 y en Eusebio Aguado (ed.) *Biografía Eclesiástica Completa. Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los Santos que venera la Iglesia, Papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos en orden alfabético*, Madrid, 1848-1868, vol. XXIII, p. 756.

³ Para los escritos en defensa de Felipe IV en esta coyuntura peor anteriores a las publicaciones de Ros, María Soledad Arredondo, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt am Main, 2011, pp. 188-278.

⁴ Sobre Ros y la cultura literaria en Tortosa, Enric Querol Coll, “Escrits polítics i propaganda a la guerra dels Segadors: Vicent de Miravall i Alexandre de Ros” *Reveria* 6 (2002), pp. 197-236.

⁵ Real Decreto al Patriarca, El Pardo, 23 de enero de 1651. Archivo General de Palacio (Madrid) [AGP] Expedientes Personales, caja 7727, exp. 10.

⁶ Los trámites administrativos para acceder a la plaza de predicador real se detallan en F. Negredo del Cerro, *Los predicadores de Felipe IV...*, pp. 42-51.

No obstante, en este caso el procedimiento no pasó de ser apenas un trámite, en parte por las especiales características del candidato y, en parte, porque no era cuestión de poner trabas a una decisión real en un tema tan sensible como la concesión de gracias regias a vasallos catalanes fieles.

Que calificemos las pruebas de limpieza de sangre y oficios como un mero trámite se basa en los plazos, testigos y lugar de investigación. En este sentido llama la atención que se comisionara al capellán pesquisidor, Pedro de Velasco, el 31 de enero; que éste comenzase la investigación a la mañana siguiente y que cuatro días después ya estuviera acabada, aprobándose la petición del candidato el 6 de febrero. Tal celeridad obedecía, es obvio, a la voluntad política por parte del Patriarca y Capellán Mayor, don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, por liquidar el asunto antes de que Ros marchase para Tortosa, de ahí que se dispensase a Velasco de acudir a los lugares de sus antepasados y se permitiera que la limpieza quedara probada con tan solo el testimonio de algunos catalanes residentes en Madrid⁷.

En concreto se entrevistó a diecisiete personas pues, según certificaba el notario encargado de levantar acta, tanto él como el juez comisionado se habían “informado que no hay en esta corte hombres catalanes de edad que puedan decir en esta información fuera de los que en ella eran examinados”⁸. De ellos sólo uno, Magín Florencia —caballero catalán natural de Barcelona—, afirmaba conocer al pretendiente desde que nació y haber tratado asimismo a sus padres y abuelos. Otros tres, don Dalmau de Ibarra Ausa y Bellora, señor de las baronías de Bellora y Cervelló, Juan de Vega y de Torralla, señor de Santa María de la Rápita y Gil Per Amat, abad de San Cugat, dicen haber conocido bien a la madre, bien a alguno de los abuelos, mientras que los otros trece encuestados coinciden en no haber tenido nunca trato con sus familiares, resaltando que el padre de Alejandro, Domingo de Ros⁹, habría muerto hacía 39 años y la madre poco después. De ser ciertas estas informaciones (y su repetición casi exacta nos induce a pensar que alguien que las conocía las proporcionó a los testigos) nuestro protagonista habría quedado huérfano sobre los ocho o nueve años educándose con la

⁷ Según el propio Ros sus padres fueron Domingo de Ros, natural de Berga (Barcelona) —de donde era el solar familiar— e Isabel de Gomar, de la casa de los señores de Montoliú en Lleida. Sus abuelos paternos fueron Francisco de Ros, natural de Berga y María Merlier (o Merlir), barcelonesa. Los abuelos maternos, Gerónimo (Jeroni) de Gomar y Francisca Valls (Francesca Desvalls), eran ambos leridanos, ésta última de la casa de El Poal. AGP, Exp. Pers., c. 7727/10. Esta genealogía es la base de la que se encuentra en la colección Salazar y Castro de biblioteca de la Real Academia de la Historia utilizada por otros autores, Cfr. A. Simón, *Llengua i política...*, p. 89, a quien remitimos para su análisis.

⁸ AGP, Exp. Pers., c. 7727/10.

⁹ Curiosamente varios testigos denominan al padre, Francisco de Ros.

familia de la abuela materna en Barcelona¹⁰. Idea que refuerza el testimonio de los otros dos únicos testigos que aseguran conocerle desde niño, Carlos Vicente de Arlés y Domenech, caballero de Santiago y Agustín Berarolo, pues ambos se dicen naturales de la Ciudad Condal y allí haberle tratado.

Como se aprecia por los testigos mencionados y otros que no se han dicho, pero conviene reseñar como Fabricio Pons de Castellví, caballero de la Orden de Santiago, “cuya es la baronía de Masricart”, Fadrique Desbosch y San Vicens, señor de Papiol, Llorens y Calafell, o Juan de Marinón y Farnés, señor de Gelida y Serdañola —padre, por cierto, del primer marqués de este nombre— una gran parte proceden de la nobleza catalana exiliada en Madrid. Junto a ellos, otro grupo algo menos numeroso lo conforman militares catalanes como Jacinto Tartas y de Ribas, capitán de infantería, José de Sentís, caballero calatravo y capitán de caballos, Juan Bautista de Mata y Claramunt, también capitán y caballero de Montesa o el maestro de campo don Ramón Chamar asimismo caballero de Calatrava. Por último, los eclesiásticos, a pesar de la condición de Alejandro Ros, son poco menos que testimoniales. Al ya citado abad de Sant Cugat sólo se le une el licenciado Jerónimo Soler, presbítero quien dice conocer al pretendiente desde finales del reinado de Felipe III.

En definitiva, el análisis del expediente de limpieza de sangre permite certificar, más allá de la genealogía y algunos datos puntuales de la vida de Alejandro Ros, la existencia en Madrid de un nutrido grupo de exiliados que compartían diferentes espacios y deseos¹¹. En este sentido no parece casualidad que varios testigos coincidan en una misma casa o vecindad (por ejemplo, Gil Per Amat dice vivir en el mismo edificio que Fadrique Desbosch) o que testifiquen en otros procesos similares como es el caso de Fabrizio Pons en las pruebas para caballero de Santiago de Carlos Vicente de Arés, también por estas fechas¹². En un momento en que la victoria realista parecía ya sólo cuestión de tiempo, el conjunto de fidelidades intra-personales acisoladas en la corte debieron de actuar como un referente constante para un colectivo que, como se ha dicho, había intentado mantener un muy difícil equilibrio entre la lealtad dinástica y el

¹⁰ Ningún testigo hace mención a que la madre del pretendiente fuese priora de la orden de san Juan de Jerusalén; es más, varios de ellos coinciden en que no la conocieron pues murió poco después que el padre. Luego, no parece ser la Isabel de Gomar que apunta Simón i Tarrés. Antoni Simón i Tarrés, *Llengua i política a la Catalunya...*, p. 91.

¹¹ Los intentos de “visibilizarse” de este colectivo los trata Diana Carrió-Invernizzi, “Imagen y propaganda de los exiliados de la guerra de Cataluña en Madrid (1640-1652)” en Alain Hugon y Alexandra Merle (coord.), *Soulevements, révoltes, révolutions. Dans l'empire des Habsbourg d'Espagne, XVIe-XVIIe siècle*, Casa de Velázquez, Madrid, 2016, pp. 227-242.

¹² Archivo Histórico Nacional (Madrid) [AHN], Órdenes Militares [OM], Santiago, exp. 620.

sistema constitucional catalán, del que procedían¹³. Ros, a pesar de su especial significación, no era una excepción y encumbrarle a la Capilla Real era situar en el mismo corazón del alcázar a alguien que, en un momento dado y si las circunstancias así lo propiciaban, podía defender a este colectivo y sus intereses ante el mismo rey. De ahí que todo el proceso fuera tan sencillo y los testimonios tan coincidentes. Estos hombres, representantes en su mayoría del brazo militar, habían sufrido con la rebelión la pérdida de rentas y posesiones y aspiraban a resarcirse una vez se confirmase la total recuperación del Principado por las armas católicas¹⁴. Y que Ros, de quien se tenía la certeza era muy bienquisto en el alcázar y otros círculos de poder monárquicos, supiera de su apoyo, nunca estaba de más. La evolución posterior de unos y otros vino a dar la razón a quien así pensaban ya que mientras Alejandro Ros se imbricaba en las nuevas redes de poder que se fueron estableciendo en el Principado a la sombra de don Juan José de Austria y el marqués de Mortara, muchos de estos testigos recibieron reconocimiento explícito de sus servicios a la Corona¹⁵.

Así pues, en la primavera de 1651 y con su flamante título de predicador real en el bolsillo¹⁶, el deán de Tortosa marchó para Cataluña a donde llegaría en mayo. Allí no tardó en poner de nuevo su pluma al servicio de diferentes instituciones —entre ellas el cabildo de su iglesia— y su oratoria al de la causa felipista como demuestra el sermón predicado a la Purísima Concepción, el 8 de diciembre de 1652 en Barcelona¹⁷. Todo ello le permitió asentar su posición y recibir, entre otras, la recomendación del hijo

¹³ Xavier Torres Sans, “Pactisme i patriotisme a la Catalunya de la Guerra dels Segadors”, *Reverques* 32 (1995), pp. 45-62. Es lo que se ha denominado, “constitucionalismo patriótico regalista”. Eva Serra i Puig, “El pas de rosca en el camí de l’austriacisme”, en Joaquim Albareda, (ed.), *Del patriotisme al catalanisme. Societat i política (segles XVI-XIX)*, Eumo editorial, Vic, 2001, pp. 71-103, p. 97.

¹⁴ Para los exiliados catalanes, todavía es de mucha utilidad Jordi Vidal Pla, *Guerra dels segadors i crisi socials dels exiliats filipistes (1640-1652)*, Edicions 62, Barcelona, 1984.

¹⁵ De hecho, varios de ellos aparecerán muy pronto elevando memoriales para ser tenidos en cuenta en la nueva administración catalana. Ver, por ejemplo, el memorial de Dalmau de Ibarra pidiendo el título de marqués del lugar de San Vicente —Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona) [ACA], Consejo de Aragón [CA], leg. 306, 39—; el de Fabricio Pons solicitando una ayuda de costa (*Ibid.*, leg. 310, 61) o el de Juan de Marínón reclamando una pensión eclesiástica (*Ibid.*, leg. 304, 99).

¹⁶ Nótese que Alejandro Ros fue el único predicador real nacido en Cataluña de los ciento cincuenta que nombró Felipe IV. F. Negro del Cerro, *Los predicadores de Felipe IV...*, pp. 66-67.

¹⁷ Alejandro Ros, *Sermón de la purísima concepción de la Virgen [...] en acción de gracias de la reducción de Cataluña a la obediencia de S.M.*, Barcelona, 1653. Manejamos la edición sita en Biblioteca Nacional de España (Madrid) [BNE] VE/58-20. Un análisis de este sermón en clave política puede leerse en Xavier Torres, “La Guerra de Cataluña desde el púlpito 1640-1652. A propósito de un sermón inmaculista de Alexandro Ros”, en G. Mele (cur.) *Tra Italia e Spagna. Studi e ricerche in onore di Francesco Manconi*, CUEC, Càller, 2012, pp. 249-266.

bastardo de Felipe IV quien escribía a su padre, a finales de ese mes, estas expresivas palabras con respecto al deán:

“Me hallo obligado a representar a V.M. que le tengo por digno, no sólo de que V.M. le haga la merced que pide [1.000 ducados de pensión situados sobre algún obispado castellano o catalán] sino de que le ocupe en alguno de los obispados de este Principado porque aunque su modestia se contenta con tener alguna comodidad para pasar la vida, su virtud, letras y celo del servicio de V.M. parece que son dignas de que V.M. se valga de su persona en tiempos que aquí se necesita tanto de semejantes sujetos”¹⁸.

Y es que nuestro protagonista no se hallaba en absoluto inactivo. Seguía colaborando muy activamente con el bando vencedor, labor de la que da cuenta el segundo documento del que vamos a hablar y que debió de escribirse muy poco antes de estas palabras recién glosadas.

Un escrito político: las “Propuestas de cómo se ha de gobernar el Principado tras la victoria de Felipe IV”

En efecto, en la Colección Salazar y Castro de la Real Academia de la Historia de Madrid, se encuentra un volumen en cuyo interior hallamos un muy interesante papel de casi treinta páginas sin título, fecha, ni autor y que como único elemento identificador posee en el margen superior derecho el cargo del que, como decimos, suponemos su creador: “el deán de Tortosa”¹⁹. Atribución ésta que, tanto el estilo de su prosa como algunos conceptos ya enunciados en obras suyas anteriores como la muy conocida *Cataluña desengañada*, parecen apuntalar y otros datos que a continuación desgranamos creemos que lo corroboran.

El contenido del texto se centra en ofrecer una serie de consejos de cómo se habría de actuar con los catalanes —y en especial con Barcelona— justo después de su rendición a las armas de D. Juan José de Austria. Por el contexto general podríamos cifrar la fecha de su elaboración entre el 13 de octubre de 1652 (entrada triunfal del hijo del rey en Barcelona) y el 3 de enero de 1653, momento en que Felipe IV decidió las medidas a tomar con respecto a las propuestas que le habían sido presentadas por el

¹⁸ Carta de don Juan José de Austria para Felipe IV, 26 de diciembre de 1652. Se encuentra inserta en un memorial de servicios elevado por Alejandro Ros para obtener la pensión mencionada. ACA, CA, leg. 306. Todo ello citado en A. Simón, *Lengua i política...*, pp. 139-140.

¹⁹ Real Academia de la Historia (Madrid) [RAH] Colección Salazar y Castro, [SyC] Mss. 9/639, ff. 47-75. La fecha puede ser intuida por alguna referencia aislada en el texto (“doce años ha estado toda la provincia oprimida de las armas francesas...” f. 49v) que nos indica 1652. Para una datación más exacta ver lo que decimos a continuación.

Consejo de Aragón. Pero un dato más nos permite afinar la datación a la vez que nos certifica su autoría. En el memorial recién citado de diciembre de 1652 en el que Ros pedía una pensión eclesiástica, entre los méritos que se aducían, se recoge toda su producción literaria anterior así como sus actuaciones al servicio de la Corona y allí hablaba de su colaboración con el Consejo de Aragón recomendando los medios proporcionados para la quietud de la provincia²⁰, referencia que, con muchas probabilidades, haga mención al documento que presentamos y que, por tanto, deberíamos ubicar fuese realizado en el otoño de 1652. Es más, si el escrito a considerar se realizó para asesorar a dicho órgano polisinodial —y el estilo así parece acreditarlo— y sabemos que la consulta fue elevada al rey el 14 de noviembre, parece obvio que aquel tuvo que ser, forzosamente, anterior a ésta y, por tanto, ser redactado entre finales de octubre, momento en que el rey pidió su opinión al Consejo y principios de noviembre²¹.

Pero, con todo, más que la fecha, importa ahora rescatar el contenido en sí para cotejarlo con el documento emanado del Consejo de Aragón y que tanta trascendencia tuvo en la posterior organización institucional del Principado²². Porque el interés del documento estriba, precisamente, en que algunas de las propuestas presentadas por Ros van a ser las adoptadas, más o menos al pie de la letra, por Felipe IV, a quien le llegaron por intermediación de su Consejo, y por eso que creamos conveniente glosarlas con más detenimiento del dedicado a su información genealógica. Por último, anotar que este manuscrito, relativamente cercano en el tiempo al expediente de limpieza ya referido, no debe ser confundido con un borrador de alguna otra obra suya centrada en

²⁰ ACA, CA, leg. 306.

²¹ Felipe IV había remitido un primer decreto al Consejo de Aragón con fecha 24 de octubre para que “sin perder tiempo se fuese confiriendo todo aquello que pareciere más a propósito según el estado de la ciudad y la Provincia y la constitución de las materias políticas para restablecer y dirigir su gobierno y poner en el respeto debido la administración de justicia”. Desde su recepción esta institución había “conferido diversas veces y hecho juntas extraordinarias para la mayor brevedad en el tratado de esta materia”. ACA, CA, leg. 216. Citado en Josep M^o. Torras i Ribé, “El projecte de repressió dels catalans de 1652”, en Vaqué, Maria (ed.). *La revolució catalana de 1640*, Editorial Crítica, Barcelona, pp. 241-290, p. 275.

²² Para el análisis de esta consulta, así como todo el ambiente político que la rodeó, Fernando Sánchez Marcos, *Cataluña y el gobierno central tras la guerra de los segadores (1652-1679)*, Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, Barcelona, 1983, pp. 55 y ss. La transcripción íntegra en J. M^o. Torras i Ribé, “El projecte de repressió...” pp. 275-290.

cómo devolver la obediencia a Cataluña pues el contenido es, en sustancia, diferente a cualquiera de las impresas que, además son anteriores²³.

Pasando al análisis interno del texto, la primera idea que Ros pretende demostrar es la necesaria puesta en práctica, de forma inmediata, de las sugerencias que se presentan aprovechando la presencia del ejército real y el estado de consternación de muchos rebeldes tras la rendición. Era perentorio actuar ahora que la oposición se hallaba debilitada y confusa²⁴.

Además, el rey debía tomar conciencia del porqué de su débil autoridad en el Principado. Ésta procede de la escasez de oficios que corrían por mano del monarca o, en palabras, de Ros:

“S.M. en Cataluña tiene muy pocos premios seculares para premiar los que sirven, porque los oficios reales son muy pocos y con sueldos tan limitados que son corta conveniencia de quien los tiene; y ésta es la causa porque los catalanes se aplican poco a servir, no viendo para el retiro de guerra el descanso de la comodidad en su patria”²⁵.

Esta circunstancia producía un daño añadido como era no sólo la incapacidad del poder central para manipular las decisiones políticas, sino también la búsqueda por parte de los particulares de unos honores fuera de la esfera de la gracia real. La conclusión lógica que deducía el deán de Tortosa de esta carencia era que “obliga a muchos a

²³ Nos referimos especialmente al *Discurso sobre la forma de reducir a la obediencia a su Majestad a Barcelona y Cataluña* publicada en 1650 y que, es posible, fuera una de las razones que impulsaron a Felipe IV a proponerle para predicador. F. Negredo, *Política e Iglesia...*, pp. 646-649.

²⁴ “La introducción de estos medios es forzoso platicarla luego, mientras las armas de S.M. dentro de Barcelona aseguran la quietud, porque, el paso que la real clemencia ha desmentido la vana persuasión de los pueblos a los cuales persuadían los ministros de la sublevación que había de hacer grandes estragos la justicia hostigada de tantos y tan continuos delitos, ahora que la clemencia esta tan acreditada que los malos se corren de que sea tanta y todos se admiran confusos de la piedad de su rey y apenas creen lo que experimentan. Ahora es tiempo a la sombra del crédito de la clemencia y al abrigo de las armas que la prudencia introduzca en la provincia lo que fuere necesario para el buen gobierno y para la conservación de la paz porque lo que hoy fuere introduciendo no puede causar sospecha de que ha de ser torcedor para el castigo, pues teniéndole el poder tan en su mano ha perdonado a todos, aun a aquellos que juzgaban ellos mismos en el conocimiento de sus delitos que no eran capaces de perdón y así no fuera parte de clemencia sino de rigor de justicia muy severa dejar pasar el gobierno de la provincia con los mismos achaques que ha tenido y de los cuales se han originado estas inquietudes, porque fuera desperdicio de la providencia y mal logro de la dicha.” RAH, SyC, Mss. 9/639, ff. 52r-53r.

²⁵ *Ibid.*, f. 47v.

conseguir el vano título de patricio y con la dura defensa de sus privilegios, granjear el aplauso del pueblo y los oficios de provecho”²⁶.

Por todo ello se antojaba necesario que el rey fuese capaz, sin variar el orden constitucional, de adueñarse de los oficios públicos de tal forma que fuera él el que los concediera y los quitase y, al controlarlos, dominara todo el principado porque:

“de la condición de los diputados y consejeros depende la quietud o el alboroto de la provincia [...] Y doce años ha estado toda la provincia oprimida de las armas francesas y gimiendo debajo de su yugo, no se han atrevido a armarse contra ellos porque esta violencia la pudieron sustentar los diputados y consejeros que son árbitros absolutos de la quietud o del tumulto”²⁷.

Una vez mostradas las peculiaridades del gobierno catalán y la necesidad urgente de actuación, nuestro protagonista pasa a exponer las medidas que deberían ponerse en práctica para lograr reforzar la autoridad regia en la provincia sin producir daño ni menoscabo. Y al respecto escribe:

“lo primero que S.M. debe hacer en Cataluña, es mandar reconocer las listas de los que están en suerte para diputados, para jurados, para consejeros del consejo de cento y para el gobierno de las demás ciudades y, volviendo a poner en suerte a todos los que concluyeron por bien afectos a su servicio, purgar las listas de todos los sujetos sospechosos y llenándolas de los que S.M. puede tener satisfacción por lo que han padecido en su servicio y por las demostraciones de su afecto formada ya la bolsa común de las suertes para la primera extracción se ha de adjudicar S.M. asimismo el nombramiento de los que han de sortear en diputados en consejo de cientos y en jurados de Barcelona y demás ciudades”²⁸.

Esta disposición debería completarse con la marginación de aquellos personajes sospechosos de lealtad equívoca, que aunque no hubieran sido castigados, no habría que permitirles situarse en lugares de cierta relevancia para evitar problemas y hacer notar a los vasallos fieles, de forma indirecta, sus premios²⁹.

²⁶ *Ibid.*, ff. 47v.

²⁷ *Ibid.*, ff. 49v-50r.

²⁸ *Ibid.*, ff. 50r y v.

²⁹ “Juzgo también por conveniente que S.M. no conserve en los puestos de gobierno a los que han sido mal afectos, porque es desconsuelo de los buenos que sienten mucho verse gobernados por aquéllos mismos que les han causado tantos trabajos y aunque pasen por verles perdonados, sufren de mala gana que les quede el dominio, haciendo muchas veces desdichada la fineza de los buenos y dichosa la infidelidad de los malos.” *Ibid.*, ff. 62r y v.

De tal suerte, no sólo se controlaría desde el poder central a los personajes que pudieran ser elegidos para cualquier cargo, sino también se quebraría el sistema de fidelidades que había posibilitado que la Diputación de Barcelona hubiera dominado el Principado de forma tan férrea y constante³⁰. Esta propuesta, que fue aceptada por Felipe IV no era, como algunos historiadores han pretendido hacer ver, un simple retoque en el organigrama institucional de Cataluña³¹; por el contrario, la elección de personas que habrían de ser insaculadas implicaba que éstas ya debían una fidelidad a quien les había permitido ser elegidas y por tanto se variaba desde la base el sistema clientelar de fidelidades políticas que tanta importancia tenía en el desarrollo de las sociedades de Antiguo Régimen. Lo que Ros proponía quebraba de raíz la estructura personalista de distribución de responsabilidades para sustituirla por una nueva, que habría de tener como cúspide al virrey. Según sus palabras

“[...] los diputados en el nombramiento de los sujetos que ponen en suerte (como sabe muy bien la provincia) no miran a la pública utilidad sino a sus intereses particulares (nombrando sus parientes y amigos) y las más veces venden el nombramiento sin atender a los méritos y capacidad del que ponen en suerte para gobernar el principado el cual está expuesto a que sortean sujetos inhábiles”³².

Por ello se hacía completamente necesario que el virrey fuese el encargado de hacer los nombramientos para lograr una mayor dependencia y “*más séquito*”, o lo que es lo mismo un grupo de partidarios afines a él, no por convicciones políticas de lealtad, sino por propio interés. El sistema, pues, tenía que ser articulado de nuevo dentro del concepto de gracia. Debía ser la voluntad real o la de sus representantes, la única capaz de otorgar oficios y prebendas para de esta forma lograr, mediante la cadena correspondiente, acrecentar la fidelidad de los vasallos.

La sugerencia del deán, como decimos, no cayó en saco roto y el Consejo de Aragón, en su citada consulta de noviembre, representó al rey una idea muy similar al

³⁰ “Todos los oficios de provecho que hay en Cataluña están arrimados a la Diputación y gobierno de la ciudad de Barcelona...” *Ibid.*, f. 59r.

³¹ Esta ha sido una visión bastante clásica, pero ya F. Sánchez Marcos, *Cataluña y el gobierno central...*, la ponía en duda haciendo ver la trascendencia de las medidas tomadas por Madrid (*Vid.* cap. II). Otras aportaciones a la polémica sobre el ritmo de imposición del absolutismo en Cataluña, algo en lo que no habremos de entrar, se puede leer en James Amelang, “Municipal Autonomy in Early Modern Spain: Two recent studies of Barcelona”, *I Congrés d'Història Moderna de Catalunya*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1984, pp. 19-25 y Josep M^a. Torras i Ribé, “El control polític de les insaculacions del Consell de Cent de Barcelona (1652-1700)”, *Pedralbes* 13-I, (1993) pp. 457-466.

³² RAH, SyC, Mss. 9/639, f. 51v. A continuación de esta frase hay una cuartilla en blanco y se interrumpe la lectura como si faltara un fragmento del discurso.

escribir que don Juan José de Austria y el marqués de Mortara debían informar “de los sujetos más a propósito para insacularlos [...] excluyendo a los que más se han señalado en las sediciones pasadas”³³, en un claro intento por impedir que se repitieran nombramientos tan poco afectos como los de Claris o Tamarit.

Estas medidas, por su repercusión social y económica, no iban a ser fáciles de ejecutar. De ahí que el autor urja al monarca para que aproveche la coyuntura actual sin dilatarse, ya que los catalanes “hurtarán el hombro a cualquier carga y dificultarán cualquier fineza si su majestad suelta de la mano la ocasión y retirando las armas lo fía todo de la industria”³⁴. Por eso recalca Ros que había que actuar deprisa, máxime sabiendo que:

“Ahora está Barcelona gustosa y admirada de la clemencia de su rey y satisfecha del engaño que tenía creyendo que se había de derramar mucha sangre. Conocerán que esta leve alteración del gobierno en el nombramiento de los oficios públicos no se encamina a ser torcedor para violar los fueros, pues habiendo entrado las armas de S.M. en Barcelona sin ningún pacto poniendo en sus reales manos las vidas, la libertad y los privilegios, ha usado tan templadamente de este glorioso rudimento que ha abrazado igualmente con su real clemencia a los privilegios de la provincia y a los más culpados de ella.”³⁵.

Y es que, dentro de los intentos por establecer un poder firme capaz de controlar a estas provincias como al resto de la Monarquía, el deán de Tortosa observaba, al igual que ya había escrito en alguna de sus otras obras, que la pieza central del entramado —la que podría permitir o impedir dicha labor de reestructuración— era la ciudad de Barcelona y sobre todo su oligarquía. Por tal razón, desde los comienzos del memorial nuestro predicador no desaprovecha la más mínima oportunidad para dejar claro a los señores del Consejo de Aragón la responsabilidad de los gobernantes barceloneses en el

³³ J. M^a. Torras i Ribé, “El control polític de les insaculacions...”, p. 458.

³⁴ RAH. SyC, Mss. 9/639, f. 58 v.

³⁵ *Ibid.*, ff. 55r-56r.

origen y la perpetuación de la revuelta³⁶. En consonancia, Barcelona debía ser la más castigada³⁷.

“Pero ya que no se puede intentar quitar a Barcelona el patrimonio, se le debe cercenar la autoridad y el dominio que se ha usurpado de querer mandar a las demás ciudades de la provincia. Se ha de desacreditar poco a poco, haciendo que las demás ciudades reconozcan su independencia y que ninguno les pueda mandar sino su rey y la Diputación solo en lo que toca a sus derechos. Y pues ahora hay tan buena ocasión con la experiencia de los daños que ha hecho a las demás ciudades la obstinación de Barcelona, no sólo en la duración de la guerra, sino en la hostilidad que ha usado con ellas, es muy fácil meter la división, para que teniendo horror a los empeños de aquella ciudad, las demás no se rindan con ciega servidumbre a sus dictámenes y un consejo de ciento compuesto de hombres tan inhábiles para resolver cosas grandes no sea árbitro absoluto de toda Cataluña”³⁸.

Y, cómo no, les recuerda que la pretensión de permanecer cubiertos en presencia del rey debía ser impedida, pues era privilegio desaforado para vasallos tan poco leales. Recomendación que el monarca admitió, rechazando la petición formal que en este sentido le había elevado la ciudad³⁹.

Sin embargo, en la exigencia del castigo, Ros en ningún momento hace mención a la necesidad de establecer una guarnición permanente en Barcelona. No es partidario de dejar en manos sólo y exclusivamente de la fuerza militar el control de la ciudad. Aunque no descarta su importancia, recordando ejemplos napolitanos y de Sicilia, prefiere utilizar las vías de la “industria” para reconducir los problemas, con un espíritu más tolerante que el del Consejo de Aragón, sin dejar por ello, como hemos visto, de poner el dedo en la llaga en relación con los asuntos más trascendentales y haciendo hincapié en recordar a los consejeros (“Acuérdense los ministros”) que no se puede

³⁶ “... y esta ha sido la causa porque han durado tantos años, porque gobernando a Barcelona y a la provincia sujetos de dañada intención y habiendo de comenzar ellos la plática de la paz, como estaban interesado en la duración de la guerra, encubrían las insolencias que hacían en la provincia las armas francesas: negaban la audiencia a las quejas de los pueblos y enviando por el principado ministros cruelísimos amenazando a los lugares si se quejaban y usando bárbaros rigores tenían amedrentada toda la provincia, en la cual han derramado tanta sangre que es parte de disculpa el no haberse declarado aun que estaban tan oprimidos.” *Ibid.*, f. 48v.

³⁷ Compárense las ideas de nuestro protagonista con las vertidas por el Consejo de Aragón y que pueden consultarse en F. Sánchez Marcos, *Cataluña y el gobierno central...*, pp. 60 y ss.

³⁸ RAH. SyC, Mss. 9/639, ff. 65 r y v.

³⁹ La recomendación de Ros es más sutil, pues rechaza que sean los *consellers* barceloneses los que ostenten el privilegio, pero sugiere que la prerrogativa se traslade a la Diputación representante de todo el Principado y, por tanto, también de los catalanes fieles. *Ibid.*, f. 66.

hacer borrón y cuenta nueva de lo acaecido en los últimos doce años ni volver a la situación previa a la revuelta, sino aprovechar la ocasión para remodelar y afianzar el gobierno monárquico. El siguiente párrafo, aunque extenso, es, quizá la muestra más clara del espíritu del texto que comentamos.

Y si se considera el estado que tenía el gobierno de S.M. en tiempos de la paz, se colige bien cuál ha de ser el venidero después de doce años de guerra si no se domestican más los ánimos de lo que estaban antes y si no se pone el gobierno de la provincia y de Barcelona en tal forma que se traten como a vasallos y no aquella libertad e independencia que solían, usando lenguajes y haciendo acciones y amenazas a los ministros de S.M. como pudiera la república más libre; no debe caerse de la memoria la suma libertad del consejo del ciento hablándose en el deservicio de S.M. como de un príncipe extranjero. Acuérdense los ministros de la insolencia con que trataron la materia de los quintos, no queriendo reducir a justicia, dando por sospechoso el Consejo Real, aunque en él se dan cada día sentencias contra el rey y viniendo S.M. en que lo juzgasen jueces árbitros (que es la suma benignidad de un príncipe con sus vasallos) tampoco se ajustó a esto la ciudad de Barcelona y usando el rey de su derecho según los fueros de la tierra, valiéndose de la llave que llaman del conde, para ver los libros de la ciudad, ella se amotinó, de suerte que si el duque de Cardona como lo intentó hubiera ejecutado el ir a conocer los libros no fuera el conde de Santa Coloma el primer virrey que hubiera muerto. Pues es costumbre de aquella ciudad, cuando tiene alguna competencia de jurisdicción o interés con los ministros de S.M., aunque no sea contra fuero sino contra la dureza de sus dictámenes, hacer la materia de tumulto y la plebe ciega y sediciosa sigue y se alborota en defensa de la sinrazón del consejo del ciento. El cual, aunque consta de hombres idiotas y sin ninguna experiencia de buena política, si alguno de mayor capacidad o intención se opone a la corriente de sus resoluciones echan luego contra él la voz de traidor y alteran el pueblo, con que la razón y la justicia está sin padrinos en aquel consejo. cuando en el precio de la pasión, como se ha visto antes de la guerra y se ha experimentado en los doce años de ella, como ahora lo publican los que por disculparse así excusan la insensibilidad con que han mirado todos con serenos ojos la tragedia de su patria⁴⁰.

⁴⁰ *Ibid.*, ff. 67v-68v.

Estas consideraciones del deán de Tortosa se aderezan con comentarios sobre lo que podríamos denominar la idiosincrasia de los catalanes⁴¹ y con una serie de consejos de menor trascendencia política, pero también de interés, como su apremiante petición para que se castigue con dureza a los eclesiásticos traidores al rey⁴² o el último párrafo donde hace, con su acostumbrada claridad, un resumen de lo que en el fondo se ha de conseguir y que no es otra cosa que interiorizar que “no es incompatible el ser catalán y muy apasionado por su patria con el ser muy vasallo del rey”⁴³.

En definitiva, el memorial podemos considerarlo como una de las principales fuentes de las que se nutrió el Consejo de Aragón para elaborar la consulta que elevaría al rey el 14 de noviembre y, por tanto, inspirador en última instancia de la resolución real de inicios de 1653. Pero, además, destaca por la lucidez en la interpretación del verdadero problema que separaba al gobierno central del dominio de Cataluña y que estribaba, en líneas generales, en la incapacidad que aquél había demostrado para crear una red de dependencia clientelar, más allá de los grandes nobles, a la que se permitiese gozar de las mercedes y privilegios emanados de la Monarquía. No existía falta de lealtad por un intrínseco sentimiento nacionalista (de muy difícil definición hasta el siglo XIX) sino un desdeseo de las iniciativas castellanas porque a los poderes mesocráticos urbanos y muy en especial a los de Barcelona, nada le suponían aparte de costos. Lo que defiende Ros coincide en el espíritu con otras propuestas anteriores, entre ellas las del Conde Duque⁴⁴, pero se diferencia por el momento en que fue explicitada y, sobre todo, por la forma en que indicaba debía llevarse a cabo. A fin de cuentas, él era un catalán y conocía a la perfección los entresijos del poder local del Principado.

⁴¹ “La plebe de Cataluña tiene por ídolo sus privilegios y aunque le den todas las comodidades si le alteran el fuero no la han de tener contenta y aunque parece muy plausible quitar todas las imposiciones en Barcelona y que ella no cargue tributos donde el reino los pone, aunque esto se vistiera con el pretexto de que se viviera con mayor comodidad, después de haber padecido los estragos de la peste y de la guerra siempre esto fuera mal recibido porque se alteraba el privilegio y por el interés que tienen muchos con sus oficios sobre estas imposiciones”. f. 65r.

⁴² “Es sumamente necesario corregir y escarmentar a los eclesiásticos que han enseñado doctrinas erradas profanando los púlpitos, violando la palabra de Dios e invirtiendo la teología han informado la sólida doctrina del principado: el interés, la libertad y la relajación han empeñado a muchos religiosos para que con el crédito del hábito penitente engañasen a los pueblos cubriendo con traje de religioso toda la crueldad de la guerra. Los libros escandalosos y de dañada doctrina contra la obediencia que deben los vasallos a su príncipe, se deben prohibir como se hizo en tiempo de señor rey D. Juan con fray Gualbes.” f. 74r y v.

⁴³ *Ibid.*, f. 74v.

⁴⁴ Cfr. Antoni Simon i Tarrés, “Corts i exècit. Catalunya en l’estratègia política del ministerio del comte duc d’Olivares (1632-1640)”, *Manuscrits. Revista d’Història Moderna*, 32, (2014) pp. 179-202. Opinión en contrario se puede leer en Manuel Rivero Rodríguez, *El conde duque de Olivares. La búsqueda de la privanza perfecta*, Polifemo, Madrid, 2017, pp. 62-64.